

NOTA: Las opiniones vertidas en los artículos son de exclusiva
responsabilidad de los autores.

Impresiones EIAS

Rondizzoni 2392

ANALES CHILENOS DE HISTORIA DE LA MEDICINA

Órgano Oficial del Museo de Medicina del Servicio Nacional de Salud
y de la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina
Dirección Postal: Casilla 2609. Santiago-Chile



FUNDADOR

Enrique Laval M.

DIRECTORES

Juan Marín Couchot

Gregorio Lira Silva

César Garavagno Trucco

SECRETARIA DE REDACCION

Nina Cicarelli A.

AÑO XII	VOLUMEN UNICO	1970
---------	---------------	------

S U M A R I O

✓ Editorial: <i>Nuestro duelo</i>	5
✓ CICARELLI, NINA: <i>Bibliografía del doctor Enrique Laval M.</i>	9
✓ LAVAL M., ENRIQUE: <i>El Evangelista San Lucas ¿fue médico?</i>	13
✓ ALONSO VIAL, ARMANDO: <i>Vida y Obra del doctor José Joaquín Aguirre</i>	33
✓ GONZALEZ GINOUVES, IGNACIO: <i>Vida y Obra del doctor Manuel Barros Borgoño (1852-1903)</i>	75
✓ CICARELLI, NINA: <i>Ocurrió hace 100 años en la medicina chilena</i>	165
✓ LAVAL M., ENRIQUE: <i>La fundación de los Hospitales de Mendoza y de San Juan</i>	175
✓ <i>Maestros de la Medicina Chilena: Sótero del Río</i>	187
✓ <i>Documentos Nacionales: Expediente formado por el Procurador de la ciudad sobre impedir la venta del tabaco mojado con agua del mar en la pérdida del barco La Foma. 1788</i>	197
✓ <i>Documentos Universitarios: Renato Gazmuri: Educación médica clínica</i>	213
<i>Correo de los Anales</i>	225
<i>Noticias</i>	229



Doctor Enrique Laval Manrique

EDITORIAL

NUESTRO DUELO

El doctor don Enrique Laval Manrique, fundador y director de estos Anales, ha fallecido el 25 de Mayo de 1970 a la edad de 74 años, y al cabo de 50 años de ejercicio de su profesión de médico. Aun cuando sabíamos del precario estado de su salud, no podíamos imaginar que su fin estaba próximo; en ningún momento hubo mengua de su febril actividad de investigador y de publicista; contrariamente, como si un presentimiento le incitara, parecía haber acelerado el esfuerzo para alcanzar a dar término oportuno a los múltiples programas que embargaban su mente pródiga. Sabía que aún le quedaba mucho por entregar a lo mucho que ya había dado, en esa constante actitud de Maestro que no pone límite a su empeño.

Iniciado en las disciplinas de la clínica médica, pronto alcanzó a la jefatura de la cátedra ejercida por el profesor González Cortés en el Hospital Salvador de Santiago. Su acertado criterio clínico, su versación médica y sus altas condiciones personales le granjearon un merecido prestigio que le permitió muy pronto abarcar un amplio campo en el ejercicio profesional.

Mas, la posesión de elevadas dotes de organizador le llevaron luego al desempeño de funciones en la Beneficencia Pública y Asistencia Social, alcanzando la jefatura de su Departamento Médico, cargo que desempeñó con singular brillo por largos años, sólo interrumpidos por los períodos en que debió ejercer en interinato la Dirección General o la intervención administrativa en hospitales. Y cuando el tiempo le autorizó para hacer uso de su retiro, aceptó en carácter de ad-honores la jefatura de la Sección Asistencia Social Privada y la dirección del Museo de Medicina del Servicio Nacional de Salud, además de la jefatura del Centro de Investigaciones de Historia de la Medicina de la Universidad de Chile.

Un infatigable empeño por estudiar y difundir la Historia de la Medicina, en especial la de nuestro país, embargó su ánimo sin reticencias, y a tal servicio entregó sus relevantes capacidades.

Parecía como si —fiel a una ley atávica— hubiese accedido a continuar el brillante camino que su padre cursara en la búsqueda de los hechos enaltecedores de nuestro medio nacional. De él aprendió cuál era el camino honrado y seguro que lleva, en esta delicada disciplina, al encuentro de la verdad.

Hay en el historiador una profesión de fe por la verdad, que le impulsa a encontrarla en los hechos no revelados o a imponerla donde ha sido violada. El doctor Laval fue fiel a este imperativo, y lo cumplió sin transigencia alguna. Por eso de su pluma surgían hechos claros y personajes definitivos, que supo vestir con calor humano. No de otra manera contaríamos con el acabado conocimiento de un tan alto valor de la medicina chilena como lo fuera fray Pedro Manuel Chaparro, motivo de un estudio ejemplar, que le sirvió de tema para su incorporación, en el año 1957, a la Academia Chilena de la Historia. Desenterró así del olvido una figura egregia del medio científico nacional, creando con él un arquetipo del médico chileno. Y cuando hubo que reponer la verdad, tristemente contrariada, le encontramos realizando un estudio perfecto del sacerdote don Emilio Vaisse, ligado a los afanes médicos nacionales a través de la capellanía del antiguo Hospital de San Vicente de Paul.

La producción del doctor Laval en el ámbito de la Historia de la Medicina nacional es muy extensa, y se encuentra dispersa en numerosas actas de sociedades afines y en publicaciones periódicas, habiendo alcanzado algunos estudios a ser publicados; lamentablemente su valioso trabajo biográfico de los médicos chilenos alcanzó sólo a los siglos XVI, XVII, XVIII y parte del XIX, obra póstuma que dejó inconclusa.

Su inextinguible afán por la difusión de esta rama de la historia le llevó a fundar la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina, el Centro de Investigaciones y el Museo, además de estos Anales. Asumió la tarea de dictar cursos y conferencias en distintos servicios hospitalarios y centros universitarios hasta lograr la creación de la cátedra oficial en 1963, dependiente de la Universidad de Chile, que él sirvió con alto brillo y desinterés material. Y para formar conciencia en el medio intelectual chileno, prohió la venida al país del profesor Pedro Laín Entralgo que, entre 1948 y 1965, dictara cursos y conferencias de la más elevada alcurnia. Sabemos de su personal esfuerzo en la consecución de este propósito, que le llevó a asumir para sí responsabilidades que sólo le gratificaron con la satisfacción del éxito logrado.

Material muy abundante y grato ofrece su vida para quien quiera rendir homenaje a su memoria; así han surgido, desde los más

elevados núcleos universitarios hasta las más humildes agrupaciones que recibieron su siempre pródiga acción, esas sentidas palabras que nimbaban sólo la memoria de los hombres de bien. No puede ser de otra manera cuando una personalidad arraiga en claros y profundos atributos espirituales e intelectuales, de donde habrán de surgir siempre impulsos de inconfundible valor moral. En efecto, una irreductible convicción religiosa le imponía el rasgo de humildad y de modestia, además de esa generosa entrega al bien colectivo; y tales fueron siempre sus pautas de conducta como hombre, como médico y como funcionario. De otra parte, un intelecto privilegiado le movía a buscar sin descanso la satisfacción de su curiosidad científica, y la captación fácil y clara de los hechos, junto a una retentiva inagotable, le confirieron rango de alta erudición. Dotado así, podía mirar la vida con optimismo y brindar a su rededor alegría estimulante; por eso usaba la ironía con sutileza, como arma que destruye el error sin dejar cicatrices; y por eso nunca faltó en su amena charla el oportuno toque festivo y simpático. De esta manera logró en su conducta un equilibrio que le permitía armonizar la rigidez de los principios con la ductibilidad de la comprensión.

Arraigaba en su mente la firme convicción de que la personalidad del médico afinca en una superioridad intelectual que le infunde poder en su acción profesional. Y que para ello el médico había de conocer el desarrollo histórico de la ciencia que él maneja, como manera única de sentir por ella respeto y amor.

Ha dejado el doctor Enrique Laval una huella firme y una estela luminosa que alumbrará un camino seguro para las generaciones médicas de Chile: una consecuencia estricta con las normas morales y éticas; una entrega generosa y humilde al bienestar colectivo; una cordialidad sincera en el trato con los hombres. Fue un místico y, como tal, infundió su ejemplo para el bien de los demás.

Estos Anales —que él fundó y alimentó con su esfuerzo y su cariño— rinden homenaje de profunda emoción ante su muerte, y confían con fe plena en que nunca faltará a sus continuadores el constante estímulo de su recuerdo.

